

Don Antonio Rodríguez-Moñino y doña María Brey, un matrimonio unido por el amor y la cultura

En primer lugar quiero agradecer vivamente a todos cuantos han hecho posible mi estancia aquí esta noche por la invitación para participar en estas XVII Jornadas Bibliográficas de Campanario, la Atenas de la Serena, que tantas veces he defendido, como saben mis amigos aquí presentes. Estoy igualmente en mi comarca, lo que produce en mí sentimientos de alegría, orgullo y satisfacción.

Este agradecimiento quiero hacerlo extensivo a la Unión de Bibliófilos Extremeños en la persona de su presidenta, doña Carmen Fernández-Daza, por su requerimiento personal; al Ayuntamiento campanariense que encabeza su alcaldesa doña María Piedra Escrita Jiménez, por el premio que convoca anualmente de Investigación Bartolomé José Gallardo haciéndolo coincidir con las propias Jornadas; y también, cómo no, a la animada y animosa Asociación Cultural Valeria, que preside don Manuel Soto Gálvez, Asociación tan prestigiosa y presente en todos los eventos culturales que se realizan tanto en Campanario, como en la comarca de La Serena y en la Región extremeña. Y si me lo permiten, quiero citar entre todas las personas que hacen posible año tras año estos magníficos eventos, una muy especialmente. Quien fue presidente de Valeria y gran amigo mío, compañero en las tareas de Cronistas Oficiales de Extremadura y de España, él de Campanario; yo de Peñalsordo. Sí, ya lo han averiguado: hablo de don Bartolomé Díaz Díaz. Y Gracias, por

supuesto, a todos mis amigos presentes, a todos ustedes también presentes y al pueblo de Campanario, que ejerce ejemplarmente de aquello que deben ser las comunidades humanas, al realizar todo tipo de actividades culturales para las inmensas minorías, porque en este mundo tan “raro” que nos ha tocado vivir, creo que o nos salva la cultura o no nos salva nadie. Y Campanario, ejemplarmente, se lleva la palma entre todos los pueblos de la comarca, con relación a su número de habitantes.

Y entrando ya en el tema propiamente que nos ocupa aquí, he de recordarles que en 1996 se trató en estas mismas Jornadas el binomio Rodríguez-Moñino/María Brey a cargo del Marqués de la Encomienda, don Mariano Fernández-Daza. Hizo don Mariano en aquella ocasión hincapié en el matrimonio canónico de don Antonio y doña María, porque algunos no estaban muy seguros de que se hubiese llevado a efecto. Sí, don Antonio y doña María Brey contrajeron matrimonio civil y eclesiástico, en Valencia -con tan sólo cuatro días de diferencia, a finales de enero de 1939, dos meses antes de terminar nuestra guerra civil. Participó como testigo excepcional la gran lingüista María Moliner, amiga y compañera del matrimonio. En la presente ocasión coinciden las Jornadas gallardianas con el aniversario del nacimiento de don Antonio en Calzadilla de los Barros (1910). Les adelanto que yo, a don Antonio Rodríguez-Moñino Rodríguez, lo considero como un auténtico dios en el mundo de las letras extremeñas e hispánicas del siglo XX; probablemente el intelectual más relevante que ha dado nuestra Región a la cultura española en todo ese siglo.

Se cita, amigos míos, con frecuencia, el típico-tópico de que “detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer”, seguro que no vamos a ser nosotros quienes lo desmintamos, todo lo contrario, pero sí me gustaría añadir que en este caso concreto tenemos que señalar que “junto a un gran hombre -Antonio Rodríguez-Moñino- hubo una gran mujer, María Brey”; junto o al lado, no detrás.

Llegué al conocimiento de Rodríguez-Moñino tal vez algo tarde, como sospecho que le ha sucedido a la inmensa mayoría de los extremeños que hoy conocemos parte de su obra, ya que ésta es ingente. Pero cuando tuve acceso a su trayectoria intelectual, confieso que “me asió” con gran potencia. Y es que no hay en la amplísima obra de Moñino una sola línea que no sea aprovechable; no encontramos nada de eso que llamamos paja. Pero hagamos algo de historia personal.

Cursaba yo estudios de Filología Hispánica a comienzos de los setenta del pasado siglo en la Universidad de Barcelona. Teníamos una asignatura que llevaba por título Literatura Española del Siglo de Oro, impartida por la profesora Rosa Navarro, experta en este periodo de nuestra literatura y alumna aventajada que había sido del profesor Alberto Blecua. Rosa recurría en clase con gran frecuencia en los apuntes que nos dictaba para reafirmarse en sus conocimientos, a la sapiencia de Antonio Rodríguez-Moñino, como referente de autoridad. Empecé por tomarle cierto afecto a este personaje totalmente desconocido para mí, de quien nunca había oído hablar. Por entonces, la misma Rosa y otros profesores nos recomendaban como lecturas académicas varios volúmenes de

autores clásicos españoles publicados en la colección Clásicos Castalia de la Editorial Castalia. En éstos se leía en el apartado de créditos “colección creada y dirigida por Antonio Rodríguez-Moñino”. De este modo, observé ya una relación. A los libros de Castalia pertenecía una preciosa selecta colección que llevaba por título *Odres Nuevos*. Y en *Odres Nuevos* nos señalaron que leyésemos el famoso **El libro de Buen Amor** del Arcipreste de Hita, pero en su versión moderna, hecha por María Brey. Tampoco sabía yo quién era María Brey, si bien leí con gran fruición el volumen mientras comprobaba que, además de realizar una versión espléndida del viejo libro, también era ella, María Brey, quien dirigía esta hermosa colección. Obviamente nada sabía yo de la relación matrimonial que ambos personajes tenían entre sí. Y un día conozco que el tan citado y ponderado crítico literario y erudito Antonio Rodríguez-Moñino era extremeño, de Calzadilla de los Barros, y que en aquel pueblo había recibido recientemente un magno homenaje de sus paisanos, tan sólo dos años antes de su muerte. Asimismo por aquel tiempo llegó a mis manos un bellísimo libro de Dámaso Alonso, conocido como: **Del Siglo de Oro a este Siglo de Siglas**. Se trataba de un libro de distintos ensayos. Entre éstos había uno primordial de Camilo José Cela, precisamente sobre Rodríguez-Moñino. Y aprendí mucho con esta lectura. Pensé, qué hombre más interesante debió ser este personaje, dada la espléndida crítica que hacía de él quien más tarde se alzaría con el premio Nobel de Literatura, y creo que no muy dado al elogio. Y me quedé con la “copla”, con la “gran copla” de lo que allí se decía. Todos estos acontecimientos, especialmente su condición de extremeño, me llevaron a interesarme expresamente

por él, que más tarde llegaría incluso a fascinarme, fascinación que alcanza hasta nuestros días.

Pero permitidme, amigos extremeños, que haga un pequeño apartado de los años anteriores a este “descubrimiento” barcelonés que tuve de Rodríguez-Moñino. Corrían los finales años sesenta del pasado siglo. Vivía yo por entonces en San Sebastián. Y por aquellas fechas, lo he contado en varias ocasiones, yo me “había extremeñizado”, probablemente por mimetismo al contacto con los vascos. Una mañana clara y soleada, callejeando por la parte vieja de Donosti pasé por delante de una librería. Me fijé en su vitrina y allí observé un libro que me llamó poderosamente la atención. Se trataba de **Extremadura, la fantasía heroica**, de Pedro de Lorenzo, en una segunda edición. Entré, lo ojeé apenas, me interesó y lo compré. Después, en mi vivienda lo leí con grandísimo interés. Con esta lectura y otros hechos acaecidos de forma más prosaica, había nacido mi vocación extremeñista. A partir de ese día empecé por interesarme por cuanto tuviese relación con la tierra extremeña: su geografía, su historia, sus costumbres, su folklore... y sus personajes más ilustres. Y empecé a leer cuanto conseguía relacionado con nuestros poetas, nuestros dramaturgos, nuestros narradores, nuestros pensadores... Y al mismo tiempo recibía allí, en Guipúzcoa, el periódico HOY, y leía con placer una sección inolvidable que me dio a conocer el nombre de muchos escritores de la tierra. Se trataba de la sección de “Quién es quién en las letras extremeñas” que dirigía y firmaba el poeta Jesús Delgado Valhondo, uno de aquella inolvidable tríada de la poesía extremeña del momento. Repito, en esta sección aprendí muchos nombres de extremeños desconocidos por mí, ya vivos, ya

fallecidos. Y me puse a investigarles. Pero nunca llegué a ver ni escuchar por aquel tiempo el nombre de Antonio Rodríguez-Moñino; por supuesto, tampoco el de María Brey. Y a veces cuando venía en vacaciones a mi pueblo, me acercaba hasta Badajoz, y me compraba casi todo lo que encontraba de la literatura hecha en Extremadura por extremeños, muy especialmente la poesía. En aquellos años se podía abarcar lo que salía de la imprenta; hoy sería imposible. Y en 1971 conocí personalmente a Valhondo y poco después lo haría con Pacheco y por último con Lencero, si bien a éste lo conocí entablando con él desde entonces una buena amistad, ya en abril de 1981, no así su obra lírica, que fue muy anterior, pues los libros los iba adquiriendo desde aquel lejano 1971 tras mis visitas a la bien surtida librería La Alianza, que gestionaba por entonces aquel grandísimo Carlos Doncel, de feliz recuerdo. Poco después, en septiembre del mismo año llego a Barcelona. Había concluido los llamados entonces estudios Comunes en la Universidad de Deusto, en su sede de San Sebastián, y marché a Cataluña para cursar la especialidad de Filología Hispánica. Y aquí vuelvo a enlazar con lo expuesto más arriba.

En Barcelona, como dije antes, oigo por primera vez el nombre de Antonio Rodríguez-Moñino. Después me entero que había fallecido recientemente, en 1970. Y que había sido académico de la Lengua, nombrado en 1966, leyendo su discurso de ingreso en 1968. Y empiezo a leer algunos de sus trabajos sueltos que llegan a mis manos. Lo hago con devoción. Porque pienso que en los escritos de Moñino no hay frase que no sea aprovechable, como apunté antes; sus lecturas son de las que dejan poso y reposo.

Rodríguez-Moñino, como es bien sabido, no es un autor principalmente de creación; es un pensador y un brillante crítico literario y artístico, y un genial erudito, todo lo hace con gran solvencia y capacidad, muy especialmente de lo que han escrito los demás.

En 1975, mi familia, entonces mi mujer Pepita (q.e.p.d.), mi hija Palmira, con un añito, y yo trasladamos nuestra residencia desde Barcelona a Madrid. En Madrid voy a contactar personalmente con muchos personajes célebres extremeños del momento a quienes conocía a través de su presencia en periódicos o libros; también conoceré personalmente a magníficos pintores extremeños de entonces: Godofredo, Barjola, Rogelio, Cañamero, Pérez Muñoz, De Jaraíz, Naranjo..., por citar tan sólo algunos nombres, pues me acerco, al fallecer mi esposa en 1979, por el Hogar Extremeño de Madrid. Y aquí conozco también a escritores y periodistas de la tierra de cierto renombre, muchos de paso por la capital. Asimismo frecuentaba el Ateneo de la calle del Prado. Y en su biblioteca miro las fichas de obras que se conservaban en el docto edificio. Y me topo con el nombre de Rodríguez-Moñino. Me aparecen dos, Antonio y Rafael. Pienso que Rafael sería hijo de Antonio.

A comienzos del 79 se había creado en el Hogar Extremeño una revista que llevaba por título **Región Extremeña**. La dirige un joven y brillante periodista, José Julián Barriga, y uno de los subdirectores es Juan Antonio Pérez Mateos, de quien yo había leído ya en Barcelona un libro escrito por él, **Las Hurdes, clamor de piedras**. En uno de sus números, el de julio, apareció un artículo mío sobre un castro celta que hay en el Peñón del Pez,

cerca de mi pueblo. Era el primer artículo que yo escribía en mi vida, e imagínense el gozo que aquello produjo en mí. Unos días más tarde me llama por teléfono Barriga y me espeta: “Quiero que le hagas una entrevista a la viuda de Rodríguez-Moñino”. Contesto, “yo no soy periodista, sino filólogo”. No importa, quiero que sea alguien ajeno al mundo del periodismo. Respondo: “No sé quién es esta señora, ni tampoco sé su dirección”. “Se llama María Brey y yo te proporciono su teléfono”. Al oír su nombre, me produjo una inmensa sorpresa, pero también una gran satisfacción; y entre temeroso y contento, le respondí afirmativamente.

Al día siguiente, tomé el teléfono que me había proporcionado Barriga y marqué el número. “¿Doña María Brey?”. “Sí, soy yo, ¿quién me llama?”. Entonces me presenté y le avancé el tema que quería, la publicación de un artículo sobre su marido en la revista ***Región Extremeña***. Me contestó que ella no tenía por costumbre responder a ningún cuestionario, pero que me podía proporcionar todo lo que me interesara que tuviese de don Antonio en su biblioteca. Así, quedamos en vernos para el día siguiente.

A la hora prevista estaba yo en la casa que ocupaban los Moñino/Brey en la madrileña calle de San Justo. Me abrió la puerta doña María con una sonrisa muy agradable. Me encontraba frente a una mujer bien proporcionada, más bien menudita y no muy alta. Y mirada penetrante. A partir de aquel día me uniría una gran amistad con doña María. Iban a ser muchas las visitas que yo rendiría en el futuro a la espléndida biblioteca que conservaba la pareja en su domicilio, “más visitada por extranjeros que por españoles”, se lamentaba doña María, y que como todo el mundo

conoce, hoy se encuentra donada en la Real Academia Española de la Lengua.

En nuestro primer encuentro me acompañó hasta la sala central, donde se encontraba el **corpus** principal de la biblioteca. Le dije quién era y de dónde venía y lo que quería. Le manifesté asimismo que había leído su versión moderna -es magnífica, le dije- del libro del Arcipreste alcarreño, y que me sentía muy feliz al saber que ella era la viuda de don Antonio Rodríguez-Moñino. Al señalarle el deseo que me llevaba hasta allí, la anfitriona me ofreció el número de la Revista de Estudios Extremeños publicado con motivo del homenaje impartido a don Antonio en 1968, en el que colaboraron todos los hispanistas españoles reconocidos, y haciéndolo en nombre de los hispanistas universales, el francés Marcel Bataillon, amigo personal de Moñino de quien había dicho que era “el príncipe de los bibliógrafos españoles”. Creo que no se puede decir con más acierto en tan poco espacio.

A la par de mi encuentro con doña María, seguía ojeando libros de los Rodríguez-Moñino en la biblioteca del Ateneo de Madrid, informándome de otras cosas. Y en una de las primeras entrevistas que tuve con doña María le pregunté si Rafael Rodríguez-Moñino, con una alta presencia de sus libros en la docta casa de la calle del Prado, era hijo de ambos; me contestó que no, que era sobrino de Antonio. A Rafael lo conocería más tarde, ya en 1995 durante el funeral por la muerte de doña María. A este funeral asistimos sólo tres extremeños comprometidos con la bibliofilia, Joaquín González Manzanares (entonces presidente de la Unión de Bibliófilos Extremeños, (Ubex.)), Emilio Rodríguez Abancens, presidente del

Hogar Extremeño de Madrid y el autor de estas líneas. Pocos días antes del fallecimiento de doña María Brey Mariño, acaecida el 3 de febrero de 1995, le habían concedido el título de Bibliófila de Oro, por haber cumplido ya los 75 años. Fue galardonada por la Ubex, a la que también pertenecía. El acto se desarrolló en la Coria de Trujillo, ante la presencia de un número muy elevado de bibliófilos extremeños. Como sea que aquel día no se encontraba nadie de su familia entre los asistentes, la presidencia tuvo el detalle de entregarme a mí el pergamino. Desaparecida doña María tuve la ocasión de entregar dicho pergamino a su sobrino Rafael Rodríguez-Moñino, y supongo que pasaría a formar parte del Legado de don Antonio, que más tarde se incorporaría en la ya mencionada Real Academia Española. Por este tiempo entablé relación personal con los sobrinos de don Antonio, primero con el varón, Rafael, quien también tenía una magnífica biblioteca moñiniana en su casa de López de Hoyos, y más tarde con Julia, hermana de Rafael.

Al morir doña María, que había guardado como oro en paño la biblioteca común, sus sobrinos entregaron ésta, con el beneplácito en vida de doña María, a la Academia de la Lengua.

Con la muerte de la fundadora de la selecta biblioteca aunque no excesivamente extensa -en ella vi, entre otras rarezas, uno de los tres manuscritos existentes de **La Vida del Buscón don Pablos**, de Francisco de Quevedo; los libros, así como los abundantes grabados y estampas que ambos poseían, pasaron a engrosar la riqueza bibliográfica de la doctísima casa de las letras y las artes

de nuestro país, en unos espléndidos salones, para goce de cuantos interesados estén.

En otra de las muchas visitas que hice a San Justo, le pregunté a la dueña de la casa, como sea que yo sabía del interés de don Antonio por todo lo extremeño en sus comienzos científico-literarios, y que después se apartaría algo de este tema para centrarse en el mundo del conocimiento español en general, le pregunté, digo, si don Antonio se sentía muy extremeño. Saltó como un resorte: “Muchísimo”, me contestó sin ningún titubeo, ante mi satisfacción plena. En otra ocasión, viendo yo en mis lecturas primitivas en la obra moñiniana, que firmaba con el nombre de Antonio R. Rodríguez-Moñino o Antonio Rodríguez Rodríguez-Moñino, le pregunté a doña María qué había sucedido con el cambio de los apellidos. Me contestó que Moñino era el segundo apellido del padre; y que los dos primeros oficiales eran Rodríguez; que en los años cuarenta optó toda la familia en añadir al primer Rodríguez el Moñino paterno, transformándose de ese modo en Rodríguez-Moñino, ya de forma oficial.

En otro momento le señalé cómo siendo la obra de su marido tan amplia y documentada, siendo que su vida fue relativamente corta (1910-1970), si acaso era un hombre encerrado en su torre de marfil, y si era huraño como sucede con otros intelectuales de prestigio. Muy ufana, doña María me contestó que su marido era un hombre de mundo como asimismo lo era ella. Que a ambos les gustaba salir con frecuencia con los amigos o solos, y que se les podía ver en el teatro, el cine, la cafetería y demás centros de ocio. Entonces, ¿tan inmensa producción?, le señalé. Antonio era un

hombre muy trabajador, me contestó; a las 10 de la mañana ya había realizado una jornada laboral completa; por tanto, nos quedaba mucho tiempo para poder disfrutar de la vida, concluyó.

En otra ocasión, en aquellos momentos que comentábamos de todo lo divino y lo humano que había sucedido al matrimonio en sus largos años de convivencia, como sea conocida la pulcritud que mantenía don Antonio respecto a sus publicaciones escritas, comentamos su inmenso cuidado en corregir las galeras de sus escritos. También doña María se distinguía por su atención correctora –recordemos que dirigía la colección *Odres Nuevos*-, pues bien, recordando ese mundo de atención a la impresión gráfica de sus propios escritos, me comentó, un tanto contrariada, que a ella misma le había sucedido en un hecho desagradable, por la aparición de una hache intrusa que se coló en un artículo suyo. Me dijo: “En una ocasión, en una semblanza que me enviaron –no recuerdo bien de dónde procedía-, me pusieron araña con hache, y yo le aseguro a usted, que yo no pongo araña con hache”. Por supuesto, doña María, la creo, con frecuencia andan por ahí sueltos los diablillos de la imprenta, le respondí.

El artículo mío al que hago referencia más arriba apareció en la revista ***Región Extremeña*** con el título de “Extremeños en el recuerdo. Antonio Rodríguez-Moñino” en el mes de noviembre de 1979, y cuatro meses después recogía este mismo trabajo los Cuadernos de Bibliofilia, editados en Valencia. Se los había hecho llegar la propia doña María Brey.

En 1984 partía yo hacia Francia, donde permanecí 6 años. En este tiempo mi relación con doña María fue mínima. Pero a la vuelta, 1990, volví a entablar amistad con ella. Un año después, el 14 de diciembre de 1991 se fundaba en Badajoz la Unión de Bibliófilos Extremeños, con Joaquín González Manzanares de presidente. Cinco días más tarde, el 19, los bibliófilos de Madrid nos reuníamos en una comida de hermandad en el Hogar Extremeño, los que habíamos optado por adherirnos a esta institución, bien por telegrama, bien por carta. Estuvimos presentes en dicho ágape, el presidente de la Ubex Joaquín González Manzanares, Antonio Adámez, Manuel Martín Lobo, Santiago Castelo, Francisco Rivero, Emilio Rodríguez Abancens, José Julián Barriga, Alfonso Caballero Trenado y Alejandro García Galán, como refleja una fotografía del momento en “Diario Extremeño”, periódico editado en Madrid y fundado por Rafael García-Plata. Concluido el acto, invité a Joaquín a visitar la vivienda de doña María, la esposa de uno de los más grandes bibliófilos de todos los tiempos que dieron las letras extremeñas y españolas. Le llevamos un libro firmado por todos los asistentes en la comida. Se trataba de un ejemplar facsímil, de 1975, cuyo título era este. **“Apuntamiento legal sobre el dominio solar que por expresas reales donaciones pertenece a la Orden de Santiago, cuyo autor es Bernabé de Chabes, fraile-clérigo de la dicha Orden y capellán de honor de su Majestad”**. Doña María, que había sido bibliotecaria y archivera de profesión, recibió el ejemplar con manifiesto cariño, y, ante nuestra sugerencia, se hizo miembro de la Ubex desde aquel instante; surgiendo también una buena amistad entre Joaquín y doña María en el futuro próximo; ambos estaban enfrascados en el mundo de los libros. Quiero recordar de

cualquier modo que los dos se conocían con anterioridad, aunque muy fugazmente. En 1980 se reedita el libro de don Antonio **Los poetas extremeños del siglo XVI** en edición facsimilar sacada del ejemplar que pudo salvarse de la incautación y destrucción al terminar la guerra civil y que yo había contemplado y consultado en la biblioteca de los Moñino con anterioridad. Ahora van a correr con los gastos de la reimpresión Andrés Sánchez Pascual, quien trató el tema con doña María, uniéndose para tal motivo Enrique Sánchez de León, Pedro Cañada y el propio Joaquín González Manzanares. La nueva edición tendría poco eco y por ello, escasa fortuna en ventas.

Fallecida doña María pocos días después de su nombramiento como Bibliófila de Oro, mi relación con Rafael Rodríguez-Moñino, como presidente que era yo en aquel momento de la Asociación Cultural Beturia, y también con el resto de mis compañeros, se hizo muy fluida. Rafael encontró una editorial que promocionaba los libros escritos por autores extremeños o de tema extremeño, y nosotros estábamos encantados con que él se pudiese pagar sus ediciones; nosotros hacíamos todo lo demás. A continuación, la edición de ejemplares quedaba en poder del autor, salvo los números dedicados a los socios; y a nosotros nos beneficiaba también su categoría de pensador-historiador. En 1999 publicábamos su primer libro en la colección La Quintana, una verdadera joya, si bien no tuvo demasiado predicamento por ser una editorial muy pequeña, con este rocambolesco y clarividente título: **Noticias varias sobre el bibliófilo y bibliógrafo extremeño Antonio Rodríguez-Moñino y documentos relativos a la historia de Badajoz pertenecientes a la Biblioteca de la Real**

Academia de la Historia. Recoge varios artículos ológrafos de Moñino. Entre ellos dos primordiales, que son, para mí, joyas sublimes de aquel momento, años 1934 y 1935; tratan uno del folklore extremeño y otro del intento de creación de una Asociación de Bibliófilos extremeños. Interesantísimos, sin duda, para una minoría cultivada. Fijémonos en los años en que están escritos, en los que don Antonio se ocupa de recoger la importancia que habría de tener en el futuro la radio, que más o menos ya se conocía en parte en nuestro país; pero sobre todo la valoración que hacía del futuro de un elemento tan extraño para España y para el mundo como era entonces la televisión. Y no se equivocó. ¡Si levantase la cabeza y viese lo que hoy tenemos encima con semejante medio!, ¿qué diría?

Otros diez libros más publicó Rafael en nuestras diversas colecciones, Beturia-Arte, Los Cuadernos de Beturia, Diego Muñoz Torrero y la citada La Quintana. De todos estos volúmenes, sin duda el más interesante y el más solicitado es **La Vida y la Obra del Bibliófilo y Bibliógrafo Extremeño D. Antonio-Rodríguez-Moñino**, con dos ediciones, muy solicitado este amplio volumen de casi 600 páginas por prestigiosas universidades tanto de Europa como de América. Con su muerte, todos salimos perdiendo. Beturia quedó un tanto huérfana con su desaparición.

Fallecido Rafael, nos queda su hermana Julia, muy unida a nosotros los “beturios” y que yo mismo le ofrecí el cargo de secretaria de la Asociación Cultural, cuando era presidente, y que tras mi marcha como máximo responsable -ahora es José Iglesias Benítez-, ella sigue siendo la eficiente secretaria que siempre fue.

Pero volvamos a Doña María. María Brey Mariño nació en un pueblecito orensano, Puebla de Trives, el mismo año que su marido, 1910. Cursó sus primeros estudios en Bilbao, donde estaba destinado su padre. Después se traslada a Madrid donde se matricula en Filosofía y Letras, sección de Historia, en el viejo caserón de la calle San Bernardo. Aquí se va a encontrar por primera vez a su futuro marido, Antonio Rodríguez Rodríguez, que también estudia Filosofía y Letras y Derecho, relación que durará hasta la muerte de Antonio en 1910. Como curiosidad, parece ser que María sacaba notas mejores que su compañero Antonio, lo que no resta un ápice para señalar que ambos obtenían notas muy brillantes. El reconocido historiador y profesor don Claudio Sánchez-Albornoz consideraba a su discípula María Brey como una de sus mejores alumnas. Tras su licenciatura, María opta por oposiciones al cuerpo de Archivos y Bibliotecas, donde consigue una plaza. Su marido, también oposita a una cátedra de Literatura de instituto, que gana. Pero la guerra civil va a hacer del matrimonio una pareja marcada por perdedores de la contienda. Rodríguez-Moñino tendrá que dejar su cátedra y hacer frente al expediente disciplinario que se le incoa, para ser absuelto de toda culpa muchos años más tarde (1966). Todo lo referente a este tema, como de todo lo demás, remito al interesado al libro ya citado de su sobrino Rafael, **“La vida y la obra de...”**. En palabras de su sobrina y albacea Julia Rodríguez-Moñino Soriano, *“Fue un matrimonio verdaderamente unido por la inteligencia que ambos tenían, por su amor a la cultura, a la libertad, por la nobleza y rectitud de sus caracteres, por la afición de ambos a las tertulias y a los verdaderos amigos que sabían cultivar como nadie”*. Y

concluye Julia: *“El recuerdo que tengo de mis tíos, el que conservo en mi memoria como un tesoro, es el de dos personas inteligentísimas, extremadamente cultas, unidos hasta la muerte de una manera tan rotunda que hace imposible separar al uno del otro”*. Yo también creo que se hace imposible separarlos.

Terminada la terrible contienda, y dado su compromiso republicano -señalemos que el matrimonio Moñino era sumamente liberal, con escaso entusiasmo por la política y sí por la cultura-, don Antonio siguió haciendo lo que había hecho siempre, trabajar, trabajar y trabajar. Siguió escribiendo con gran prestigio, aunque hubiese sido apartado de su cátedra de instituto, con la prohibición de ocupar cargos públicos en el futuro. Fue recibiendo premios nacionales e internacionales por su reconocido renombre de hombre sabio. Y al lado de él siempre se encontró doña María. Don Antonio no impartía sus enseñanzas en las aulas, pero sí lo hacía como gran maestro de la literatura y el arte, en charlas privadas o en las reuniones en los cafés. Presidió de forma permanente las tertulias literarias, primeramente del Café Gijón y después del Lyon, ambos en Madrid, rodeado de otros sabios de aquella postguerra, que lo consideraban como un verdadero maestro. A estas tertulias no solía asistir doña María, dado que la sociedad un tanto pacata del momento no veía bien estos hábitos en las mujeres, y que más tarde sí se abrirían al mundo femenino. Ella misma, ya viuda, solía compartir una tertulia semanal muy interesante en su propio domicilio y a la que asistían hispanistas, tanto españoles como extranjeros, de la talla de Fernando Lázaro Carreter, Fulgencio Díaz Pastor, Susana Gómez de la Serna, José Fernández Montesinos, Eugenio Asensio, o alumnos que había

tenido don Antonio en América como Stanko Wranich o Arthur Asking, y siempre sus propios sobrinos, Rafael y Julia.

Rodríguez-Moñino, además de hombre prolífico en publicaciones de temas tanto extremeños como nacionales, relacionados con las letras y las artes, fue asimismo un sabio profesor en los foros que participaba. Se le había prohibido impartir clases en el instituto, pero lo hizo en distintas universidades de Europa y América, adonde le llamaban. Berkeley en California, sería un nombre que a mí se me haría muy familiar por su referencia constante y por la relación que tuvo el matrimonio R. Moñino/ Brey en las distintas estancias temporales que allí permanecieron en su Universidad y en donde don Antonio sería nombrado catedrático de Literatura Española. Con él permanecía doña María. Lo mismo sucedió con The Hispanic Society of America, de donde ambos personajes fueron correspondientes; Antonio desde 1949, siendo nombrado después, en 1955, académico de número de esta sociedad, para pasar a Vicepresidente de la misma en 1960.

Hemos señalado cómo don Antonio y doña María estaban tan unidos que lo hacían todo en común prácticamente: sus actividades domésticas, sus momentos de asueto, sus salidas a locales de ocio, sus trabajos literarios consultados..., pero tal vez la obra cultural más relevante de cuantas nos dejaron en herencia común, por medio de la imprenta, realizada codo con codo, de tan inmenso contenido y continente, fue el **Catálogo español de los manuscritos poéticos de los siglos XV, XVI y XVII**, para lo cual permanecieron preparando el trabajo más de un año en la sede que poseía la Hispanic Society of America en Nueva York.

Cuando tenía terminada esta ponencia, tratando el tema con mi amigo el escritor y cronista oficial de Villarta de los Montes, Theófilo Acedo, éste me comunica que si conocía un libro de José Luis Ferris sobre Miguel Hernández, de quien celebramos también este año el centenario de su nacimiento. Me dice: Viene algo que te interesará relacionado con Moñino. Y así es. A finales de la contienda española estaban impresos en la Tipográfica Moderna de Valencia los pliegos para su cosido del libro de Miguel Hernández **El hombre acecha**. Tras la toma de la capital valenciana por las tropas vencedoras en 1939, estos pliegos, junto con otros papeles del poeta, son incautados y después destruidos. “Toda una tragedia bibliográfica, escribe Ferris, que hubiera resultado irreparable de no haberse salvado dos únicas copias: una que quedó en posesión del erudito y académico Antonio Rodríguez-Moñino, y otra que formó parte de la colección particular de José María de Cossío. Recordemos que por aquellas fechas, don Antonio y doña María tenían su residencia precisamente en Valencia.

Traigo aquí estas palabras, para terminar, porque quiero añadir que don Antonio Rodríguez-Moñino y Rodríguez, además de tantos méritos como hemos intentado señalar, como erudito, crítico, bibliófilo y bibliógrafo, deseamos enumerar asimismo al Moñino “salvador” de la cultura. Durante la contienda, fue designado vocal auxiliar de la Junta de Protección del Tesoro Artístico Nacional, como recoge su sobrino Rafael en su libro más arriba señalado. Y por este ejemplar conocemos también que puso a salvo la espléndida biblioteca de El Escorial, donde se recoge como

anécdota que un miliciano le dice a otro: ¿Qué es esto?, refiriéndose a un tintero que estaba en el suelo. Un tintero que creo pertenecía a una monja llamada santa Teresa. Pues tíralo. Don Antonio tuvo que intervenir para salvar esta joya cultural de nuestras letras, recipiente para la tinta que usó para los libros de la santa de Ávila.

Igualmente la salvación de otras bibliotecas privadas expuestas al bombardeo en la ciudad de Madrid y que él guardó a buen recaudo de su destrucción. Se ocupó asimismo de la salvación y cuidado de las obras de arte en esta comarca de Castuera, o salvó de la destrucción su propio libro **Los poetas extremeños del siglo XVI**, como hemos señalado antes con cuatro ejemplares rescatados, cuando fueron incautados los demás y destruidos al finalizar la guerra.

Reconozcamos como extremeños y como hombres y mujeres del mundo de las letras a estos dos personajes que convivieron tantos años juntos, y no detrás uno del otro; su labor extraordinaria de la que hoy podemos disfrutar, especialmente por su magnífica biblioteca donada por ambos a la Real Academia Española, y porque como señalamos en el título de esta ponencia: “Don Antonio Rodríguez-Moñino y doña María Brey, un matrimonio unido por el amor y la cultura”, en la memoria.

Muchas gracias a todos ustedes.

Alejandro García Galán, Cronista Oficial de la Villa de Peñalsordo y Presidente de Honor de la Asociación Cultural Beturia